

# LA BÚSQUEDA DE LA *identidad social*

UN PUNTO DE PARTIDA PARA COMPRENDER LAS DINÁMICAS DEL  
DESPLAZAMIENTO - RESTABLECIMIENTO FORZADO EN COLOMBIA\*

Jorge Palacio, Alfredo Correa,  
Margarita Díaz, Sandro Jiménez

*Sin conocimientos teóricos los problemas  
prácticos se presentan más difíciles e imposibles  
de solucionar*

Ulrich Beck

## **JORGE PALACIO**

DOCTOR EN PSICOLOGÍA, UNIVERSIDAD PARÍS X - NANTERRE.  
PSICÓLOGO, UNIVERSIDAD DEL NORTE; INVESTIGADOR DEL CENTRO DE  
INVESTIGACIONES EN DESARROLLO HUMANO (CIDHUM) DE LA  
UNIVERSIDAD DEL NORTE Y PROFESOR DEL PROGRAMA DE PSICOLOGÍA  
DE ESA MISMA INSTITUCIÓN.  
(jpalacio@uninorte.edu.co)

## **ALFREDO CORREA**

MAGÍSTER EN PROYECTOS DE DESARROLLO SOCIAL,  
UNIVERSIDAD DEL NORTE; MAITRISE DE SCIENCES DE L'ÉDUCATION,  
OPTION DÉVELOPPEMENT SOCIAL, UNIVERSIDAD PARÍS XII; SOCIÓLOGO,  
UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR; INGENIERO AGRÓNOMO, UNIVERSIDAD  
DEL MAGDALENA; INVESTIGADOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES EN  
DESARROLLO HUMANO (CIDHUM) DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE.  
(alcorrea@uninorte.edu.co)

## **MARGARITA DÍAZ**

INVESTIGADORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA UNIVERSI-  
DAD SAN BUENAVENTURA, CARTAGENA; MAGÍSTER EN SALUD PÚBLICA,  
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA; ESPECIALISTA EN ANIMACIÓN  
SOCIOCULTURAL Y PEDAGOGÍA SOCIAL, FUNDACION UNIVERSITARIA  
LUIS AMIGO; COMUNICADORA SOCIAL, UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA.  
(cein@usbctg.edu.co)

## **SANDRO JIMÉNEZ**

MAGÍSTER EN PROYECTOS DE DESARROLLO SOCIAL Y ESPECIALISTA EN  
DESARROLLO SOCIAL, UNIVERSIDAD DEL NORTE; MAITRISE DE SCIENCES  
DE L'ÉDUCATION, OPTION DÉVELOPPEMENT SOCIAL, UNIVERSIDAD  
PARÍS XII; INGENIERO INDUSTRIAL, UNIVERSIDAD NACIONAL; DIRECTOR  
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE SAN  
BUENAVENTURA, CARTAGENA.  
(cein@usbctg.edu.co)

\* Artículo realizado con el apoyo del Centro de Investigaciones en Desarrollo Humano de la Universidad del Norte y COLCIENCIAS, proyecto «La Dinámica de la construcción de identidad social de un asentamiento de desplazados por violencia política en la perspectiva de su restablecimiento urbano» (código: 1215-10-12502).

## RESUMEN

Este artículo se desarrolla en varios planos y niveles de análisis, desde una perspectiva multidimensional de la categoría Identidad Social. En primer lugar se desarrolla un nivel Micro, donde se abordan las implicaciones de la identidad en los planos Persona y Grupo, desde dos dimensiones: Los Procesos de Subjetivación y los Procesos de Representación del Otro. En segundo lugar se plantea un nivel Meso, donde se desarrollan las dinámicas de la identidad sobre el plano de lo sociocultural, en la dimensión de lo Colectivo. Se continúa con un nivel Macro, donde en el plano de lo político se consideran dos dimensiones: las Dinámicas de Poder y el Ordenamiento Mundial. El artículo presenta una discusión sobre la relación dialéctica entre Identidad Social y los procesos de Desplazamiento Forzado - Restablecimiento Urbano en Colombia, en la perspectiva de construcción de nuevos Proyectos de Vida, y termina con una delimitación conceptual que orientará el proceso de investigación en desarrollo y que se convierte en propuesta en construcción para el debate académico y el desarrollo social.

**PALABRAS CLAVE:** Identidad social, desplazamiento interno forzado, procesos de restablecimiento, guerra en Colombia.

## ABSTRACT

*This article is developed at different planes and levels of analysis, from a multidimensional perspective of the Social Identity Category. Firstly, it begins by developing a micro level in which the implications of the identity in the planes Person and Group are discussed. These two planes are studied from two dimensions: the Processes of Subjectivization and the Processes of Representation of the Other. Secondly, it deals with a Meso level in which the dynamics of identity on the socio-cultural plane, in the Collective dimension, are discussed. Then, it continues with a Macro level in which two dimensions: the Dynamics of Power and World Ordering are considered in the Political plane. The article ends with a discussion about the dialectic relation between Social Identity and the processes of Forced Displacement – Urban Restoration in Colombia, in the perspective of construction of new Life Projects, and a conceptual delimitation which will lead the ongoing research project and become a constructing proposal for the academic debate and social development.*

**KEY WORDS:** Social identity, forced internal displacement, restoration processes, war in Colombia.

## INTRODUCCIÓN

¿Cómo conocemos nuestro mundo? ¿Cómo aprendemos –y aprehendemos– lo complejo? ¿Cómo comprendemos nuestra realidad? Son preguntas de incuestionable relevancia en un mundo plagado de «información sobre una complejidad organizada en variados planos y niveles, multidimensional y polifónica y ante ella la pretensión de saberlo todo de alguna manera» (Galindo, 1998:9).

En el corazón de esta preocupación está el debate entre la ciencia distante, que pretende conocer la globalidad, y la ciencia de lo cercano, que busca comprender el plano inmediato de la vida cotidiana. Y como bien lo ha planteado Galindo (1999:9), «entre ambos programas, una multitud de paradojas y entusiasmos, de deseos y miedos, de aspiraciones y frustración».

El aproximarse al estudio y comprensión del desplazamiento forzado en Colombia y su colateral Restablecimiento –forzado o de hecho– nos sitúa en medio de ese dilema. Este trabajo, como un aporte al acercamiento de lo global y lo local, de lo general a lo particular, de lo idéntico a lo diverso, se enmarca dentro del proyecto aprobado por Colciencias denominado «*La Dinámica de la construcción de Identidad Social de un asentamiento de desplazados por violencia política en la perspectiva de su restablecimiento urbano.*»

Este artículo tratará, desde una mirada amplia, de incorporar las preocupaciones de una categoría tan abstracta como la de Identidad Social, pero referida a un escenario concreto, esto es, las dinámicas de la guerra en Colombia, con su manifestación más notoria y perversa, el «Exilio Interno» (Castillejo, 2000).

Ante este escenario, la búsqueda de la Identidad Social deja de ser una pretensión académica –que de hecho es altamente pertinente, pues como bien lo ha mencionado Ovejero (1995:15), la identidad es uno de los conceptos más centrales de las ciencias sociales, y ocupa un lugar relevante en la historia, la psicología, la sociología y la antropología– y se convierte en un imperativo cultural. Así mismo, la identidad se constituye en la más significativa cuestión de la postmodernidad, debido a que posibilita la certeza de saber quién soy y en función con quienes construyo las realidades sociales o políticas que me afectan directa o indirectamente (léase, localidad y globalidad). Es decir, cómo

puedo construir y deconstruir mi intimidad y lo público en pequeños relatos que adquieren sentido porque cobijan lo que puedo expresar y transformar. El asunto de la identidad no sólo implica el reconocimiento, sino, antes que nada, la crisis ética que se advierte en el intento de adentrarse en la realidad ajena, a pesar del sujeto mismo. Una realidad que se hetero-actualiza en la identidad de quienes pasan de ser Otros anónimos, masa amorfa, a ser sujetos de historias éticas diferentes (Uhía, 1998:129).

Este artículo se desarrolla en varios planos y niveles y desde una perspectiva multidimensional. En primer lugar se desarrolla un nivel Micro, donde se abordan las implicaciones de la identidad en los planos Persona y Grupo, desde dos dimensiones: Los Procesos de Subjetivación y los Procesos de Representación del Otro. En segundo lugar se plantea un nivel Meso, donde se desarrollan las dinámicas de la identidad sobre el plano de lo sociocultural, en la dimensión de lo Colectivo. Para después continuar con un nivel Macro, donde en el plano de lo político se consideran dos dimensiones: las Dinámicas de Poder y el Ordenamiento Mundial. Se presenta además una discusión sobre la relación dialéctica entre Identidad Social y los procesos de Desplazamiento Forzado-Restablecimiento Urbano en Colombia, en la perspectiva de construcción de nuevos Proyectos de Vida y termina con una delimitación conceptual que orientará el proceso de investigación en desarrollo y que se convierte en propuesta en construcción para el debate académico y el desarrollo social.

**NIVEL MICRO:** IMPLICACIONES DE LA IDENTIDAD SOCIAL EN LOS PLANOS PERSONA Y GRUPO DESDE LOS PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN Y LOS PROCESOS DE REPRESENTACIÓN DEL OTRO

Según la explicación de Doise (1982), desde la perspectiva de la subjetividad, la identidad puede analizarse primero que todo desde un nivel intraindividual. Este nivel se interesa por el estudio de los mecanismos que permiten al individuo organizar sus experiencias. La interacción entre el individuo y el ambiente no se aborda como tal. La identidad se relaciona con los procesos internos del sujeto: percepciones, evaluaciones de sí mismo, actitudes sobre sí mismo, la experiencia personal vivida y reflexionada. Los términos empleados giran alrededor

del concepto de sí mismo y yo, y su interés por las realidades consecuentes: singularidad de la persona, sentimiento de individualidad, capacidad a pensarse a sí mismo, tener conciencia y conocimiento de sí, capacidad de orientación y de regulación de los comportamientos e intencionalidad (Piolat, Hurtig & Pichevin, 1992).

Los procesos de subjetivación también son abordados desde el enfoque fenomenológico del concepto de yo, que se apoya en la psicología fenomenológica, pues se basa en los datos de la experiencia del individuo y no en datos objetivos o racionales. Se privilegia la manera en que la persona percibe lo que le sucede y organiza este conjunto de percepciones de ella misma en su ambiente. ¿No somos nosotros los mejor situados para saber qué o quiénes somos? ¿La experiencia íntima que cada uno puede tener de su ser no es la más auténtica para conocerse? ¿El conocimiento del ambiente físico y social y hasta el conocimiento de sí mismo no es subjetivo?

Estas preguntas afirmativas remiten a un concepto de sí mismo producido por una introspección que se opone a las heterodescripciones de investigadores que dan lugar, por inferencias, a un heteroconcepto de sí mismo (L'Ecuyer, 1975). Aquí se encuentran elementos diferentes propios de este enfoque, tales como: las características atributivas (la identidad social es asignada de manera independiente al individuo, de su sexo o de su edad), los roles y pertenencias (mucho más bajo el control del individuo, se trata de roles parentales y filiaciones políticas), las características no unidas a un grupo de pertenencia y las identificaciones son abstractas, se refieren a la individualidad de la persona, a sus intereses y a sus actividades. En general, el criterio que dirige la percepción y la concepción de sí mismo es social, el yo es relativo a los otros, a las relaciones sociales y a las normas culturales.

El segundo nivel subjetivo es el interindividual (Doise, 1982). Éste hace referencia a los procesos interindividuales que se desarrollaron en la historia del sujeto (perspectiva social del desarrollo) o que se desarrollaron en una interacción dada. Sin referirse, por tanto, a la inserción de los individuos en las relaciones sociales en cuanto a las posiciones sociales o a los estatus ocupados por ellos. De hacerlo, de ser tenidos en cuenta, se reducen a un análisis microsocioal de la interacción. Los análisis privilegian las modalidades de relaciones entre los individuos como constitutivos de la identidad: reconocimiento, diferenciación, identificación

en el momento del encuentro. En este nivel interindividual de explicación se encuentran corrientes como la Génesis Interaccional del yo (G. H. Mead) y el Interaccionismo Simbólico.

En la primera de ellas, la interacción y el rol son la base de este nivel de explicación. La interacción se concibe entre dos individuos en presencia física y se opera por las conductas simbólicas que son el juego y el lenguaje verbal y no verbal, además la interacción es una acción sobre otro. Por otro lado, el rol es la configuración de modelos de conductas asociadas a una posición o función en el sistema social (Baugnet, 2000). En este orden de ideas, Mead (1934) considera que el comportamiento social es el origen de la consciencia individual, que la organización individual resulta de la interacción social que se manifiesta en las conductas simbólicas como el lenguaje y el juego.

Acompañando las posturas anteriores, la teoría del rol e identidad social de Sarbin y Allen (1968) plantea una aclaración fundamental en este nivel: «Yo» e «Identidad Social» no son sinónimos. La identidad es construida desde el principio de las interacciones entre personas de estatus complementarios. Es el rol jugado, representado, que vuelve manifiesta la identidad social del individuo, formalizada a través de la apropiación del rol. El rol determina el desplazamiento de sí y de otro en un sistema social. Es necesario determinar las dimensiones del rol: el estatus o posición en la estructura social determinada por un sustantivo apropiado (músico, estudiante); el valor, que depende de la adecuación del rol a lo que se espera, está determinado por un atributo asociado que expresa un juicio de valor (bueno o malo); la implicación o importancia del rol por la persona buscada y por el observador, lo cual se manifiesta por el grado de importancia del rol, relativo al tiempo y al esfuerzo acaparados por este rol y por la fuerza de constitución de la toma del rol.

Por su parte, Goffman (1959, 1963) indica que el individuo es un actor social que interpreta un rol y actúa de acuerdo con lo esperado socialmente, y es estigmatizado si se desvía. La identidad social es lo presentado en la representación de sí mismo; allí se resalta la pertenencia a las categorías sociales como la socioprofesional, la étnica o el estatus de minoría, desarrollando así un sistema de conducta unido al estatus.

Por último, se encuentra aquí el nivel posicional (Doise, 1982), donde se presentan las diferencias de posición social en las relaciones

sociales que constituyen los factores de explicación. El estudio de la identidad se relaciona con las diferencias de estatus entre sujetos socialmente definidos. En categorías de individuos con posiciones sociales asimétricas: niños/niñas, colombianos/venezolanos, o simplemente categorizados como antagonistas –campo de azules/campo de rojos.

Este tipo de análisis privilegia los procesos de relación entre grupos: comparación social, competición social en el marco de relaciones entre grupos con estatus contradictorios – conflictos de interés, de valores, etc. A nivel posicional se encuentra entonces la teoría de la identidad social y la teoría de la autocategorización de los estudios de la identidad en el marco de las relaciones entre grupos con estatus asimétricos (Ej. Tajfel, Turner, Asch).

Desde allí, la teoría de la identidad social se propone integrar los aspectos psicológicos de las relaciones entre grupos a la estructura macrosocial en la que actúan estos grupos. La identidad social y la pertenencia grupal están muy unidas en el sentido que la concepción de alguien o la definición que alguien puede tener de sí mismo (su identidad subjetiva) están compuestas por descripciones de sí en términos de las características que definen el grupo social al cual él pertenece (Hogg & Abrams, 1988). Por ejemplo, a la pregunta «¿Quién soy yo?» se responde en prioridad en términos de pertenencias sociales (edad, sexo y categoría socio-profesional). El concepto de identidad social articula el proceso cognitivo de categorización y de pertenencia social, siendo la identidad social la estructura psicológica que realiza el vínculo entre el individuo y el grupo, en el sentido que ella engendra los procesos y los comportamientos categoriales.

Por medio de la categorización no sólo clasificamos a los otros como miembros o no de un grupo, sino que además nos situamos a nosotros mismos con respecto a esos grupos. La categorización no es solamente un proceso cognitivo, también es un proceso social y cultural que refleja la estructura normativa de la sociedad y la organización del ambiente social en posiciones polarizadas. Los valores intervienen en la formación y mantenimiento de las categorías, y se unen a la pertenencia al grupo, dando unos favoritismos a su propio grupo de pertenencia y que no son concedidos a los «otros». Por lo tanto, es fundamental tener en cuenta como base de este nivel los conceptos de categorización, competición y comparación social.

Siguiendo este orden, el proceso de categorización social se produce en el momento de los estereotipos y permite explicar su funcionamiento cognitivo. La percepción subjetiva de las personas relativa a la pertenencia a un grupo social conduce a exagerar las similitudes percibidas en el seno de los grupos y, por ende, las diferencias frente a los otros grupos. A pesar de que el proceso de categorización permite ser utilizado como un elemento explicativo de los estereotipos y de la identidad social, el contenido de los estereotipos no es sinónimo de identidad social (Doise & Lorenzi-Cioldi, 1991). La identidad no es simplemente una consecuencia de la categorización; ella depende de la forma en que el sujeto se sitúa con respecto a esa categoría, la cual es utilizada o no por él para definirse, y a su vez le sirve o no para ser reconocido por los otros.

Es importante detenernos un instante para observar la relación Competición – Comparación en el plano de la conformación de los grupos. Con respecto a la competición, las relaciones entre grupos se caracterizan por conflictos generados por objetos de interés (disputas por recursos, territorios, poder). Allí, la búsqueda simultánea de una misma ventaja produce antagonismo entre los grupos, es decir, el propio grupo es connotado de manera positiva y el otro negativamente.

Por su parte, en la comparación social, la pertenencia a un grupo particular se une a una evaluación positiva de sus atributos por comparación a los otros grupos, es decir que la comparación se asocia a valores que son productos culturales. Así la categorización y la comparación operan conjuntamente para generar un comportamiento de grupo (Turner, 1981), lo cual implica la diferenciación y discriminación entre los grupos, el favoritismo a favor del intragrupo o la idea de superioridad frente al exogrupo.

Aquí el criterio de comparación es social y la comparación conduce a reducir las diferencias entre sí mismo y el otro, es decir, a conformarse consigo mismo. En la teoría de la comparación social, las comparaciones entre individuos terminan en la conformidad, en la similitud con otro, en la indiferenciación; mientras que en el marco de la teoría de la identidad social, las comparaciones entre grupos conducen a la diferenciación, a la incomparabilidad o a la originalidad social.

En su formulación actual, la teoría de la identidad forma parte de una teoría más amplia: la del actor social. Por lo tanto, el auge de la reflexión actual sobre la identidad no puede dissociarse de lo que se ha llamado el «retorno del sujeto» en sociología y antropología, como alternativa a los paradigmas deterministas que pretendían explicar la acción y la conciencia social por causas sociales o psicológicas que operan *behind the back* (Oriol & Gonet-Fastinger, 1984). En efecto, la identidad constituye la dimensión subjetiva de los actores sociales, que en cuanto tales están situados «entre el determinismo y la libertad», es decir, ella se predica siempre como un atributo subjetivo de actores sociales relativamente autónomos, comprometidos en procesos de interacción o de comunicación (Giménez, 1996:13).

Debe añadirse de inmediato que esta subjetividad reflexiva de la identidad no es solipsista, ya que supone, como condición de emergencia, la intersubjetividad (Mead). En otras palabras, la identidad emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades en el proceso de interacción social. La perspectiva social trasciende, pues, la explicación en la construcción de la identidad vista como un problema de carácter cognitivo individual y se reconoce que su desarrollo surge del campo de las ideas colectivas y las representaciones sociales. Según Chauchat (1999:14), la representación social [como propiedad distintiva de la identidad social] es una forma de conciencia elaborada y participada; ésta permite dar una mirada práctica y concurrente a la construcción de una realidad común a una asociación o grupo social, producto de los saberes comunes, tales como la historia del grupo o como las representaciones sobre relaciones afectivas con un determinado grupo social.

Así pues, la identidad social se define por una serie de categorías y roles que determinan y diferencian las manifestaciones de la misma: el plano del género, el plano espacio - territorio, el plano clase social, el plano religioso, el plano étnico. La combinación de estos planos permitirá entonces generar manifestaciones particulares que le permitan a determinada población o sociedad reconocerse como particular.

Volviendo a Chauchat (1999:15) y su propuesta del lazo social, ella reconoce un mayor nivel de importancia a los aspectos de orden social; esto se hace claro cuando considera que la identidad es social porque el mismo tipo de experiencia desencadena el mismo tipo de procesos y mecanismos identitarios y porque está insertada dentro del universo simbólico. La identidad parte dentro de la marca social de lo que está inscrito; es en ese sentido que ella no puede ser otra cosa que social, está directamente relacionada con la estructura propia del sujeto que participa en un órgano social simbólico donde ella se desarrolla. Es por eso que la identidad es fundamentalmente un orden social en el que no se puede hablar de representación sino en función de ella y lo que se genera a partir de ella.

En esta propuesta encontramos que la identidad social es un producto del devenir del sujeto y el ambiente social que se explica y determina a través del lazo que los une; por ello, se afirma que no puede haber representación social sin sujeto, porque no puede haber un sujeto sin representación social.

Desde otra mirada, la complejidad de la problemática precisa el reconocimiento de la influencia de múltiples factores, pero donde la idea de realidad social se vuelve determinante. Así pues, Montero (1987:76) define realidad social como el conjunto de representaciones y significaciones relativamente permanentes a través del tiempo que le permiten a los miembros de un grupo social, que comparten una historia y un territorio común, así como otros elementos socioculturales, tales como lenguaje, religión, costumbres e instituciones sociales, reconocerse como relacionados los unos a los otros biográficamente.

Por su parte, la perspectiva cultural, y desde ella la antropología, comporta una de las miradas más detalladas y con más referentes a la praxis del vivir en la búsqueda de comprensión de la identidad social. Es así como Fabregat (1999:35) afirma que «colegir la circunstancia en que la identidad se compenetra con uno mismo es un asunto de empirismo, es cuestión de representar al individuo en sociedad y desde ahí, como producto cultural».

El concepto más desarrollado en la perspectiva cultural - antropológica es el de identidad étnica, y se anota que la connotación de «etnia» se refiere a una construcción cultural, observable en los comportamientos individuales y colectivos, en los símbolos que se em-

plean para comunicar un significado y en los efectos y reacciones que se producen a partir de las relaciones sociales (Fabregat, 1999:35).

En esta propuesta, la construcción de identidad está fundamentalmente determinada desde el contexto sociocultural; «es así como la identidad es prefijada desde afuera, por la apariencia de la socialización y desde adentro por el crecimiento y desarrollo de nuestras potencias orgánicas. En dicha medida, nuestra identidad es una forma de realización que cuanto más completa también es menos yoica» (Fabregat, 1999:39). Desde este punto de partida, la identidad es explicada por nuevos enfoques que enfatizan en su carácter plural, cambiante, constituido en procesos de lucha por el reconocimiento social.

La anterior posición plantea que las identidades son construcciones simbólicas que implican representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juega la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo (Bayardo, 2001).

El componente histórico cobra en la visión cultural su dimensión más importante, pues desde la perspectiva histórica, la identidad social es una construcción colectiva de imaginarios; entendidos como aquello que entrecruza la historia con los relatos de identidad inconsciente y los hechos objetivos históricos, con las leyendas que expresan historias deseadas. La historia se asienta en un territorio, que se concreta en un lugar imaginario utópico y telúrico, el espacio sagrado. Sobre este espacio se construye la historia (Aguirre, 1998:43).

Existe un grupo de aportaciones particulares en la perspectiva antropológica para la comprensión de la identidad social, las cuales abordan la problemática en los nuevos contextos de vida urbana que dominan el panorama demográfico en Occidente. La focalización de estas propuestas ha permitido configurar dos nuevos escenarios de identidad: la identidad urbana y la identidad de clase, ambas demarcadas en las ideas de la cultura popular y la cultura de masa. El primero en destacar estos desarrollos contemporáneos de la identidad fue García Canclini (1992) cuando nos advierte que «estamos pasando de la afirmación épica de las identidades populares como parte de las sociedades nacionales, al reconocimiento de los conflictos y negociaciones transnacionales en la constitución de identidades populares y de todas las demás».

El anterior proceso lo explica con mayor precisión Barbero (1998) cuando recuerda que en el proceso de urbanización latinoamericano «lo urbano significa la muerte del folclor y la aparición de lo masivo, de la cultura de masas. De ahí en adelante cada clase tendrá su propio folclor. Lo masivo implica en ese momento la desestructuración de la sociedad estamentaria y excluyente, y la puesta en circulación de unos bienes básicos como derechos de la mayoría [...] las masas significaban un nuevo modo de existencia de lo popular. Hasta entonces lo popular significaba el pueblo, es decir, “lo otro” de la cultura, “lo otro” de la industria “lo otro” de la civilización».

En la realidad actual son visibles las consecuencias de dicho fenómeno, como bien lo plantea Barbero (1998), «la más compleja dinámica de lo urbano es la de la desterritorialización... [entendida ésta como] el lugar de las migraciones, de los aislados, de los desarraigados, de las desagregaciones... [es también] la desnacionalización, surgimiento de una cultura sin memoria territorial... [pero a su vez] hay un proceso de reterritorialización, de recuperación y resignificación del territorio como espacio vital desde el punto de vista político y cultural». Justamente al identificar los planteamientos del autor a través de las palabras «desterritorialización», «desnacionalización», «reterritorialización» y «resignificación» –y eso sin adentrarnos en los significados de los conceptos de «urbano» y «rural»– es como podemos tratar de aventurarnos a comprender el proceso dinámico y cambiante en la construcción de identidad social vivido por los desplazados en su proceso de restablecimiento urbano.

En definitiva, la identidad en su dimensión cultural está tan ligada a las semejanzas que hay en su interior como a las diferencias que tiene con los otros grupos. Ella se construye por esa apropiación de lugares, personas, situaciones, cosas, valores, formas de vida y costumbres que hacen que unos modos ver y vivir la vida sean similares para unos y diferentes para otros.

Este proceso identitario no se construye de una manera rápida; por el contrario, es lento, se moldea con el tiempo, con el paso de los años, las décadas y las centurias. Su soporte, por tanto, se basa en esa memoria colectiva que los pueblos van acuñando para sí mismos y para las generaciones futuras.

En este orden de ideas, y como lo ha afirmado también Bassand (citado por Giménez, 2000:115), la identidad es «la imagen distintiva

y específica dotada de normas, modelos, representaciones, valores, etc., que los actores sociales de una región forjan de sí mismos en el proceso de sus relaciones con otras regiones y colectividades».

Las identidades culturales se relacionan con la historia y lo patrimonial (acontecimientos del pasado y patrimonio sociocultural del grupo social), con el proyecto regional que se tenga y con la forma en que viven su vida cotidiana. Y es debido justamente a este entramado de facetas que la identidad cultural tiene tanta relevancia para quienes hacen parte de un pueblo específico, pues son sus propios miembros quienes, con la construcción que hacen de ella, determinan si esa identidad es positiva o negativa para ellos, ya que no siempre la identidad cultural se asocia a un hecho positivo de la vida de las personas. Ejemplos claros de ello se han establecido a lo largo de la historia. Es el caso de los habitantes negros de Antioquia, que hasta finales del siglo XVIII compraban su «blancura» a través de un documento que los acreditaba como parte de la población blanca y no como negros.

Esto nos permite señalar que la identidad cumple una serie de funciones manifiestas y otras latentes<sup>1</sup>. Las funciones manifiestas, por

<sup>1</sup> Para alcanzar una mejor visión del asunto, se sugiere revisar al menos el papel de la escuela funcional-estructural frente al problema de la identidad y su apropiación crítica a partir de sus funciones latentes y manifiestas. Justamente R. Merton (1980), en cuanto hace al tema de la estructura social y el cambio cultural, introduce estos dos conceptos. Para el funcionalismo clásico todo era funcional a la estructura social, incluyendo el cambio (cambios funcionales al orden social), pero en el caso de Merton lo que se visualiza son situaciones que se puede parangonar con las que nos ocupan en esta temática. Esto es, la violencia, el desplazamiento y sus implicaciones en la identidad social, cultural o comunitaria que pueden resultar disfuncionales. En otros términos, antes que existir paridad entre equivalencia y función, este teórico advierte que una función puede ser reemplazada por múltiples elementos culturales. La identidad, en cualquiera de sus expresiones, puede ser cubierta por algunas prácticas que cumplen una función social integradora; por ello, la identidad, que desde luego es muy importante, no necesariamente es imprescindible en el cumplimiento de esta función. Ahora bien, llegados a este punto conviene situar en evidencia las funciones manifiestas y latentes de la identidad. Se podrían señalar entre ellas las siguientes: Sentido de pertenencia a un territorio, a una cultura, a una clase social, a unos determinados patrones culturales, a representaciones sociales, el universo simbólico, el imaginario colectivo, la vida religiosa, la organización social y la solidaridad. Pero es altamente conveniente distinguir las funciones con respecto a las disfunciones, ya que las primeras no se deben confundir con las consecuencias indeseadas de las instituciones o con las acciones sociales, que se expresan en efectos perversos (violencia, violación de los derechos humanos, pérdida de identidad, destrucción del tejido social, desarraigo, desterritorialización).

ejemplo, dan cuenta de consecuencias conscientes de las instituciones y de los actos y/o hechos sociales, mientras que las latentes están indicadas por consecuencias no reconocidas por los participantes, es decir que no varían los resultados o los fines de una acción, pero sí producen cambios psicológicos, sociales o antropológicos. En general, las prácticas sociales de los grupos humanos son las encargadas de garantizar el mantenimiento de la trama social. Sus percepciones, y aun sus mitos y ritos (a manera de latencias), entran a cumplir funciones ligadas a la integración, al mantenimiento de normas sociales, a la cohesión social y a la consecución de los fines a partir de acciones mentadas.

Lo anterior nos permite plantear al menos lo siguiente:

- La identidad facilita la permanencia y la dinámica de las prácticas sociales comunitarias (algunas de ellas son consideradas por el pensamiento moderno como irracionales).
- La identidad orienta y predispone a los actores académicos, particularmente a los del campo social, hacia nuevas construcciones teóricas o al menos a la revisión de las vigentes. Esto es, al conocimiento de los desencadenamientos que tienen ocurrencia con ocasión de las prácticas sociales, que a su vez se ligan a la afirmación social de la identidad.
- La identidad permite reexplicar las prácticas socioculturales de la cotidianidad desde las más elementales, consumos y servicios prestados hasta las complejidades de sus relaciones con el entorno natural.

Para concluir, es necesario destacar que construir identidad es un proceso que no se asemeja a un manual en el que se puede seguir paso a paso las indicaciones. Para que ella exista es necesario que se desarrollen dos planos específicos: el individual y el colectivo.

En el primero de ellos es esencial la autonomía. Ella debe existir en algún nivel, es decir que las personas deben, por su propio interés, por el desarrollo de sus vidas y de su proyecto de vida, tener autonomía para pensar y actuar. Sólo así se puede llegar a un proceso participativo en el cual las personas puedan aportar y construir. En cuanto al segundo

plano básico de la identidad, lo colectivo, el desarrollo endógeno de un pueblo, su progreso, depende en buena parte de su identidad colectiva; si ella no existe, el interés común no será el factor aglutinante que se requiere para que un pueblo sea reconocido como tal.

En este orden de ideas, es pues fundamental que se fortalezca el contacto de ese colectivo con el resto del mundo, y esto le permita dos aportes esenciales al proceso de fortalecimiento de su identidad colectiva. El primero es que se conocen otras culturas con semejanzas y diferencias, y esto permite reconocer que hay un «otro» que también se construye e interactúa con el «nosotros». Y segundo, que ese reconocimiento del «otro» permite que se fortalezca el «nosotros» a través de la especificidad histórica y cultural que posee cada pueblo.

Es claro, pues, que siempre se es el otro de alguien. Siempre la identidad remite a un afuera, a un antes y a un los «otros», como lo ha afirmado Agier (2000:8). Así, debemos entender que la Identidad cultural se configura morfofodinámica, es decir que depende tanto de la identidad individual como de la colectiva.

Teniendo en cuenta lo anterior, se entiende la identidad cultural como una realidad dinámica, capaz de resignificar endógenamente los cambios. El asunto es avanzar más allá de las visiones de defensa sobre la identidad cultural de un país o de un grupo (de desplazados, por ejemplo) como una realidad inamovible o no modificable y que sólo podría permanecer en el tiempo como una repetición de tradiciones que se validan por siempre. La crítica a esta actitud de defensa propia de las construcciones identitarias tiende a dejar de lado la historia real. Sin embargo, tal historia lo que muestra es una transformación permanente de las identidades y una marcada tendencia al mestizaje y a la hibridación y/o interpenetración de las culturas.

Es de advertir que esta dinámica y sus procesos continúa su ruta de manera desigual y combinada, ya que conserva tradiciones, costumbres y un sistema valorativo al tiempo que va perdiendo otras que se invisibilizan o se transforman. Por último, es preciso señalar que bajo la modernidad se van anulando significativas áreas de la identidad cultural por cuenta de cambios radicales. Los cambios de identidad ocurren históricamente en una especie de doble vía, ya que por un lado los «perdedores» de identidad asimilan nuevos valores derivados de lo moderno, al tiempo que los «ganadores» incorporan tradiciones y cos-

tumbres de los anteriores. Una vez más se asiste a la hibridación cultural, en tanto significativo de un sistema cultural no puro.

**NIVEL MACRO:** IDENTIDAD SOCIAL Y EL PLANO DE LO POLÍTICO  
DESDE LAS DINÁMICAS DE PODER Y EL ORDENAMIENTO MUNDIAL

En este nivel de análisis surge la preocupación por la relación identidad social y las nuevas formas de ordenamiento mundial. La primera gran inquietud se plantea desde la influencia del proceso de globalización sobre la identidad. Según Sloterdijk (1999:7), el mundo globalizado anuncia el fin del sedentarismo y, con ello, del concepto de patria [Estado-Nación]. El autor se afirma en el hecho que la construcción inmunológica política-étnica comienza a tambalearse ostensiblemente. Esto es, que el vínculo entre espacio y sí mismo no es tan estable; y en segundo lugar, los grupos de vida nómadas o desterritorializados no construyen su inmunidad simbólica y su coherencia étnica.

La otra preocupación en los nuevos ámbitos de construcción de identidad son las ideas postmodernas de la interculturalidad, la pareja identidad / diferencia y la diversidad. En este escenario Díaz y Alonso (2001), citando a Margulis, afirman que «existen en cada sociedad códigos culturales superpuestos, tramas de sentido que tienen diferente alcance espacial [...] estas tramas culturales superpuestas están en constante intercambio y transformación, sumidas en procesos de cambio y en luchas por la constitución e imposición de sentidos que, por supuesto, no están desvinculadas de las pujas y conflictos que se arraigan en la dinámica social». De ahí que este autor proponga que «parte de la respuesta puede surgir [...] de los procesos de construcción de identidad y diferencia y especialmente teniendo en cuenta las dimensiones que exceden lo local territorialmente [...], es decir, qué mínimos o básicos culturales deberían manejar un colectivo o un individuo, para poder transitar [...] y adscribirse cada vez provisionalmente y para siempre a un lugar donde anidar».

A propósito del análisis sobre las identidades dentro del proceso de globalización, es bueno advertir que este último enfrenta al menos dos posibilidades: la primera da cuenta de la universalización de las prácticas sociales en tanto función de la vida cultural de los pueblos y naciones (homogenización), y una segunda relativa a la afirmación

identitaria. Respecto a la primera se ha escrito mucho sobre la cultura de la globalización y su correlato, la mundialización económica. Touraine (1997) ha intentado conciliar dos realidades que aparecen como antagónicas, el universo simbólico, la economía y las culturas, de una parte, y la circulación amplia de capitales, bienes, servicios e informaciones, por la otra.

En otras palabras, entre el modelo uniforme de globalización mundial y la diversidad cultural se produce el cerramiento de las comunidades que afirman su identidad en oposición a la otra. Este autor propone una concepción de la vida social centrada en el valor de las instituciones. Igualmente, redefine la crisis que estamos viviendo y sugiere medios conducentes para manejar los cambios en marcha y caminos posibles frente a las posiciones radicales que nos acechan.

En esta dirección, De Sousa (1998), al referirse al regreso de las identidades, encuentra que actualmente asistimos a una suerte de retorno a la etnicidad, al racismo, al sexismo, a la religiosidad, a la solidaridad mecánica (Durkheim) al derecho a las raíces. Señala factores como el liberalismo y la democracia como promotores de la secularización de la vida social. Hoy son muy próximos a discursos y prácticas del fundamentalismo religioso. Estos y otros nuevos elementos propios de cada formación económico-social parecen ser el factor de debilitamiento del Estado-Nación. Dice De Sousa (1998:173) que «el Estado-nación lejos de ser una entidad estable [...] comienza a ser visto como la condensación temporal de los movimientos que verdaderamente caracterizan la modernidad política».

Es en este sentido que pretendemos colocar sobre la mesa el tema de las relaciones entre Estado y Nación en la formación social colombiana. Aquí tenemos una posibilidad de Estado-Nación con una supuesta o real cultura nacional que enfrenta cotidianamente presiones locales y regionales. Una cultura global interna a su vez integrada al fenómeno globalizante que enfrenta, de otra parte, las culturas locales y regionales. El debate sobre el regionalismo en la sociedad colombiana hunde sus raíces en el surgimiento de movimientos que intentan reivindicar la cultura de costeños, antioqueños y surcolombianos, entre otros. Aquí lo que está en juego son las interrelaciones y los vínculos sociales, lo cual muestra la complejidad de los lazos nacionales y acuña nuevas variables que intervienen en la explicación del hecho social: ideologías,

clases sociales, culturas, razas, sexos. Expresados éstos en movimientos que en buena medida desafían el constructo Estado-Nación. Parece ser que en la sociedad contemporánea se vive el colapso del Estado-Nación. Hay muchos ejemplos: el nuevo racismo en Europa, el multiculturalismo, los movimientos feministas, los movimientos indigenistas y en general los conflictos étnicos.

Otra forma de retomar los análisis precedentes es recogiendo lo que sostienen Hard y Negri (2002) en el texto «Imperio», en el que informan sobre el nuevo orden político de la globalización y en el que son claras las transformaciones económicas, culturales y de orden legal que hoy experimenta el mundo. Este nuevo orden no acepta fronteras, tal vez ni soberanías ni límites, y se caracteriza por extender los elementos básicos del constitucionalismo norteamericano a la geografía universal. Por tanto, estamos asistiendo a rupturas significativas en materia de identidades; estas últimas sólo responden a un hibridismo. Esto es, identidades híbridas, en un nuevo marco de relaciones internacionales donde las fronteras nacionales se expanden para invisibilizarse y desbordan conceptos que habían sido dominantes, sea por caso, identidades nacionales, soberanía, territorio, entre otros.

La globalización ha puesto de presente transformaciones culturales y económicas. En ellas son verificables expresiones de racismo, reenfoques de la identidad, lo diferente y la diferencia. En general, articulaciones comunicativas recreadas y sutiles formas de control social. Este nuevo escenario permite comprender, de otra manera, los peculiares movimientos migratorios bien en el interior de las naciones o en la trashumancia que supera las antiguas fronteras. Este parece ser un importante referente para el estudio juicioso de un fenómeno muy dinámico en la sociedad colombiana: el desplazamiento forzoso y sus implicaciones en materia de identidades locales, sociales y culturales, para señalar apenas algunas de sus aristas.

En busca de un punto de convergencia y cierre referido a los enfoques que hemos revisado, esto es, la globalización en relación con el tema de la identidad, los diferentes abordajes disciplinarios y la inclusión en ellos de autores y escuelas del pensamiento social, es interesante analizar, desde otro ángulo de visión, lo que llamaremos la identidad en la globalización. Esta mirada facilita el retorno a las relaciones políticas de la globalización y las identidades (sociales, locales,

territoriales), retorno que se expresa en una suerte de equilibrio. Y ello porque de una parte existen fuerzas destructoras de lo sociocultural y de los patrimonios (cultura material, cultura espiritual) de las comunidades, y de otra parte están las fuerzas de resistencia o acciones defensivas de la tradición y las prácticas sociales ancestrales. Al respecto Fals Borda (2001:4) ha manifestado: «porque a la persistencia de las políticas de globalización y a la angustia de la incertidumbre que las acompaña, se puede contestar como un proyecto colectivo, con la vivencia histórica concreta y con el saber específico de lo local, en un saludable proceso de reacción de los pueblos que se ha denominado Glocalización».

Para finalizar esta primera parte de exploración teórica, abordaremos las relaciones entre Identidad Social y las dinámicas de Poder. Para ello apelamos a Castells (1997:29) cuando afirma que la construcción social de la identidad siempre tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder. Desde allí el autor propone tres formas y orígenes de la identidad: la identidad legitimadora<sup>2</sup>, la identidad de resistencia<sup>3</sup> y la identidad proyecto<sup>4</sup>.

Las identidades que comienzan como resistencia pueden inducir proyectos, y también con el transcurrir de la historia convertirse en dominantes en las instituciones de la sociedad, con lo cual se vuelven identidades legitimadoras para racionalizar su dominio. En efecto, la dinámica de las identidades a lo largo de la secuencia muestra que, desde el punto de vista de la teoría social, ninguna identidad puede ser

---

2 Introdúcida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales, un tema central en la teoría de la autoridad y la dominación de Sennett (1986), pero que también se adecua a varias teorías del nacionalismo (Anderson & Gellner, 1983).

3 Generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones / condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad, como propone Calhoun (1994:17) cuando explica el surgimiento de las políticas de identidad.

4 Cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social. Es el caso, por ejemplo, de las feministas cuando salen de las trincheras de resistencia de la identidad y los derechos de las mujeres para desafiar al patriarcado y, por lo tanto, a la familia patriarcal y a toda la estructura de producción, reproducción, sexualidad y personalidad sobre la que nuestras sociedades se han basado a lo largo de la historia.

una esencia y ninguna identidad tiene, *per se*, un valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico (Castells, 1997:30).

Según Castells (1997), las identidades legitimadoras generan una sociedad civil<sup>5</sup>, la identidad para la resistencia conduce a la formación de comunas o comunidades, y la identidad proyecto produce sujetos. Entendidos por Tourain (1997:29) de la siguiente manera: «Denomino sujeto al deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de las experiencias de la vida individual [...]. La transformación de los individuos en sujetos es el resultado de la combinación necesaria de dos afirmaciones: la de los individuos contra las comunidades y la de los individuos contra el mercado». Y continúa Touraine (1992, citado por Castells, 1997:32): «Los sujetos no son individuos, aun cuando estén compuestos por individuos. Son el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia».

En conclusión, frente a las fuerzas fragmentadoras del ordenamiento mundial y los movimientos en los juegos de poder que moldean la identidad social, debe proponerse una modernidad capaz de incluir la diferencia, o sea, abierta a las memorias colectivas, que en esencia no rivalice con las identidades particulares. Se vislumbra una modernidad crítica, no avasalladora, pensada a partir de la capacidad que tiene toda sociedad para reconstruirse a través de sus heterogeneidades territoriales y culturales, entre otras expresiones vitales.

Se busca la construcción de una nueva vida en democracia, capaz de recoger la energía social que sobre los imaginarios de desarrollo poseen los diversos grupos humanos. En suma, es un constructor respetuoso que rompe con la enojosa oposición entre nacionalización y subjetividad, de una parte, así como entre tradición y progreso, de la

---

<sup>5</sup> Es decir, un conjunto de organizaciones e instituciones, así como una serie de actores estructurados y organizados, que reproducen, si bien a veces de modo conflictivo, la identidad que racionaliza las fuentes de dominación estructural. Esta aparente contradicción con la referencia más generalizada al concepto de sociedad civil, se debe a que Castells se pliega a la mirada de Foucault y Sennett, que ven en ella dominación interiorizada y legitimación de una identidad normalizada sobre impuesta e indiferenciada. Mientras que en el lado más comúnmente referido al tema están Gramsci y Tocqueville, quienes entienden dicho término como representativo de la democracia y la civilidad.

otra. Ello implica, en consecuencia, caminos de complementariedad e interacciones. Porque como bien lo ha subrayado Touraine (1992), para medir la modernidad habría que medir la subjetividad aceptada por una sociedad, ya que ésta no es separable sino complementaria respecto a la nacionalización, mediante la cual el hombre es dueño y dominador de la naturaleza y de sí mismo. Igualmente, las identidades personales y colectivas se resisten a los poderes de la nacionalización. Desde este enfoque afirmamos que sin dejar de reconocer la importancia de la nacionalización, se persigue articularla a valores tales como tolerancia, libertad, diversidad y a la vida en democracia.

#### **IDENTIDAD SOCIAL Y LOS PROCESOS DE DESPLAZAMIENTO - RESTABLECIMIENTO**

La integración de los diversos aportes y categorías en el campo de la identidad social –al igual que su vinculación al proceso de comprensión y búsqueda de sentido de tales dimensiones de la identidad– en el ámbito del desplazamiento forzado en el contexto colombiano, y más específicamente en la región Caribe, nos plantea la necesidad de identificar unos núcleos articuladores a manera de puente entre ambos significantes.

Partimos entonces de Arraou (1999:70), quien considera al exiliado como un individuo situado entre dos comunidades, entre dos memorias sociales. La identidad se inscribe en los marcos sociales, que varían en el espacio (aquí y allá), el tiempo (antes - ahora) y la lengua (lengua de origen, lengua de adopción). Según este autor, éste “estado entre dos” constituye un objeto de estudio privilegiado de las relaciones consigo mismo, con el otro y con la sociedad, donde pueden ser observadas las relaciones complejas entre lo individual y lo social.

A pesar de que las categorías «exilio» y «desplazado» tienen diferencias importantes –como ya lo mencionados–, el señalamiento del ‘estado entre dos’ es determinante en la comprensión de la construcción de la identidad social del desplazado que trata de restablecerse. Así, Castillejo (2000) también recoge esta perspectiva cuando refiriéndose a los desplazados y al desplazamiento habla de los «sujetos liminales».

De ahí que para Castillejo (2000:182) «el desplazado nace de un espacio incierto, del terror, del silencio y lo oculto; de la impunidad de la masacre. Es predefinido por la violencia que le dio origen: la guerra, la captura y la expulsión impuesta por un primer rechazo [...] es su vaguedad, la pérdida de lo absoluto y de la identidad, lo que lo hace casi inidentificable, pues nadie sabe con certeza definir conceptualmente un desplazado. Ellos, los hombres y mujeres desplazadas, provienen del mundo de lo irracional y entran por efecto directo, en el mundo de la locura, la soledad y la pérdida. [Éste] es un estado de liminalidad forzada [entiéndase esto como el estado entre ni adentro ni afuera, ni aquí ni allá], desritualizada. El problema del desplazamiento en Colombia plantea, en otra perspectiva, la multiplicación de lo liminal, de lo depositario y del espacio como espacio de coexistencia con lo ambiguo». Según este autor, el desplazamiento asociado a lo expuesto (la liminalidad y la inmediatez) es un concepto espacial, y especialmente un concepto temporal.

Esta realidad impide que se logre fácilmente un arraigo en otro lugar, más aun si se tiene en cuenta que esa movilidad de las personas se produce en medio de desventajas y olvidos que convierten a ciudadanos comunes en lo que ha llamado Uribe (1999:45) «*ciudadanos virtuales*». Aquellos que aunque constitucionalmente existen han perdido su autonomía y capacidad de acción política, es decir, sujetos que se ven obligados a construir una dinámica de vida personal y social basada en las conveniencias de lealtad y protección, no sólo por defenderse de los unos o los otros sino para preservar la vida.

Así, los eventos de desplazamiento estuvieron primero caracterizados por la movilidad de los sujetos en un eje de exclusión-refugio (Uribe, 1999:29), es decir, una transitoriedad entre quienes los desplazaban –excluían– y entre quienes los recibían - refugio. De esta manera, la identidad territorial y social de las personas estaba mediada, más que por una construcción propia, por la necesidad y temor de quién los respaldaba más (Castillejo, 2000:29).

Los desplazados, entonces, huyen llevando consigo su propia historia, su forma de vida, el «quiénes eran» y el «qué hacían» en su lugar de origen, además la «culpa» de haber habitado un territorio no controlado sino en disputa entre estos actores que luchan por hacer presencia permanente. Los desplazados, con su bagaje de vida acumu-

lada, se enfrentan así a la necesidad de repensarse, de construir una nueva realidad que les dé nuevas oportunidades para vivir.

Desde allí parten para crear lazos que los unen y agrupan con quienes hasta entonces no pertenecían a su realidad. Es decir, a partir del momento en que son desplazados y llegan a un nuevo lugar se integran a la vida de quienes lo habilitan como única alternativa de sobrevivencia. Ellos crean «relaciones de vecindad pero también conflictos, y es lo que va a marcar definitivamente la manera de ser y de habitar los nuevos territorios» (Naranjo *et al.*, 2002

:105).

Según Osorio (2002), «las personas desplazadas y conformadas en grupos organizados empiezan a desarrollar una identidad mediada por un «nosotros», que se «incorpora en medio del estigma, pero también de las posibilidades que ello supone, para actuar de manera conjunta y poder lograr un poder de interlocución como actor social». A partir de las condiciones y necesidades existentes, las cuales entran a formar parte de los nuevos recursos del patrimonio social, se van gestando relaciones y dinámicas de acción común. De acuerdo con el mismo autor, el desplazamiento forzado, más que un hecho determinado de salida obligada de un lugar, es un proceso que implica a la vez una ruptura y una recomposición multidimensional:

- En su territorio: como espacio físico, de producción y reproducción y como espacio social. Es decir, los lugares frecuentados, las interrelaciones sociales que allí se anudan y los valores psicológicos que son allí proyectados y percibidos.
- En sus redes sociales y, con ellas, en sus relaciones identitarias más cotidianas, de pertenencia.
- En sus procesos de acción colectiva que permiten construir y renovar los recursos colectivos. En suma, en su patrimonio social, que incluye todo su capital material, social, simbólico y cultural.

Por su parte, Castillejo (2000) en su trabajo apoya la idea del desplazamiento como proceso, entendido éste como el abandono forzado, en sentido material, del terreno de asentamiento. Pero como bien lo menciona el mismo autor, la idea de proceso tiene un cambio en su dimensión interpretativa; por lo tanto, Castillejo plantea que el des-

plazamiento es un proceso de transformaciones en las definiciones del otro. Estas transformaciones, en las relaciones de la alteridad, son polivalentes. Desde allí el autor destaca que en las transformaciones producto del desplazamiento, en el sentido usual, afectan tanto a quienes se mueven como a quienes no lo hacen: la comunidad receptora. A pesar de ello, asegura que el desplazado es quien sufre una radical transformación en las representaciones o tipologizaciones de las que es objeto.

De allí que uno de los principales aportes de su trabajo sea la mirada sobre la mutación del otro desplazado como representación, en donde su movimiento es uno de los puntos focales que transforman las relaciones dentro del espacio cognitivo. Por estas razones, el movimiento es en parte el centro de las mutaciones que el autor menciona; por ello su interpretación se centra en el *sujeto en movimiento*. Como categorías centrales de este proceso de interpretación se destacan la representación originaria, los dispositivos de negación y las representaciones de arribo.

Para Uribe *et al.* (2000) son importantes las relaciones entre las categorías «desplazamiento», «territorio» e «identidad». Las dos primeras, en una relación directa, ya que el desplazamiento [en general] en Antioquia [en particular] está definido por los intereses que los diferentes actores armados tienen sobre su territorio. La creación de corredores para la movilización y el control de las subregiones, donde la presencia estatal queda en entredicho y, por tanto, deslegitimada, permite que la guerra por el control de dichos espacios se agudice de manera constante y determinante para los habitantes de ese departamento colombiano y en general para todo el país.

Por otra parte, la identidad es pensada como la heterogeneidad de los diferentes grupos humanos que habitan en las zonas de conflicto, que difieren entre sí por su composición social, cultural e histórica, pero que al mismo tiempo los asemeja debido a ese estado de víctimas permanentes de un conflicto que los ha tornado movibles, rebeldes y resistentes.

Es una identidad que trasciende el espacio y el tiempo y que está mediada por esa construcción interna de lo que cada sujeto es y que lleva consigo a pesar de la constante movilidad a que los obliga un fenómeno como la violencia. La identidad es pensada como aquel delimitante que diferencia a un sujeto o colectivo de otro; sin embargo, en casos como los que se presentan aquí, con altos niveles de despla-

miento, la posibilidad de reconocerse y de ser reconocido se diluye entre el miedo, la negación y la autonegación como seres desplazados de sus tierras y de su entorno vital.

#### **IDENTIDAD SOCIAL:** DELIMITACIÓN CONCEPTUAL

Después de presentar las diversas contribuciones hechas alrededor del impacto que produce el desplazamiento forzado sobre la identidad, es necesario realizar una delimitación conceptual que permita abordar con mayor claridad el momento de interpretación; sobre todo debido a que este trabajo privilegia la comprensión de la Dinámica de Restablecimiento del Desplazado por encima de las ya muy ilustradas dinámicas del fenómeno de Desplazamiento Forzado en Colombia.

Lo anterior nos lleva a retomar y aplicar las preguntas de Giménez (1996:22) –que resultan muy pertinentes para este estudio– a la reflexión sobre las dinámicas de la identidad social en el restablecimiento de los Desplazados en Colombia a nivel general y en el Caribe a nivel particular:

- ¿Cómo surgen y se generan nuevas identidades en los desplazados?
- ¿Cómo y por qué cambian sus proyectos identitarios?
- ¿Cómo puede explicarse la circulación de los desplazados por diferentes identidades colectivas?

En esta delimitación conceptual se plantean tres dimensiones que se convierten en factores centrales para el abordaje de esta investigación y determinarán nuestra forma de comprender la Identidad Social: el espacio (fundamentalmente el social, sin desconocer la influencia del territorial), el tiempo (como sentido histórico, conciencia de presente y expresión de futuro) y el movimiento (desplazamiento / restablecimiento).

En primer lugar hacemos referencia la propuesta de definición de Guerra (1994:48) –en la que se privilegia la dimensión temporal–, quien considera que «la identidad es un proceso complejo de articulación y relación de la memoria (reconstrucción del pasado) con la práctica social (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro)

y con la representación que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia» (citado por Bello, 2001:121).

Este concepto representa con claridad una idea de identidad social no dominada por la constante «espacio – territorio». Hecho característico de las concepciones de la identidad en la modernidad, donde el sentido histórico del tiempo parece espacial; de allí que las evocaciones que afianzan la identidad siempre refieren los horizontes históricos. En esa medida el tiempo se vuelve dominante en términos dimensionales precisamente porque da la impresión de ampliar los horizontes; lo que resulta más significativo es que, a diferencia de la Identidad basada en el espacio tradicional, que parecía ser únicamente afectada por el pasado, el tiempo permite, en cambio, una valoración mayor del futuro en la construcción de la identidad social (Hiraoka, 1996:39).

Esta primera delimitación sobre la identidad social referida al tiempo será muy importante en el proceso de interpretación, pues la mayoría de los desplazados se ven obligados a romper con sus proyectos identitarios tradicionales basados en el «espacio - territorio» para tratar de crear una nueva vida a partir de dotar un nuevo territorio de un sentido de futuro; esto es, construir identidad sobre la base de la dimensión tiempo.

La segunda dimensión, el movimiento, se ve claramente resaltada en la propuesta conceptual sobre la identidad social de Castillejo (2000), quien afirma que la identidad como movimiento es «una forma de estar en el mundo, no un objeto que se tiene o no se tiene, es una respuesta relacional a un encuentro». Este concepto nos permitirá comprender la nueva cotidianidad del Desplazado, dominada por la inmediatez, la incertidumbre y la transitoriedad.

En los dos conceptos anteriores no se alude explícitamente al otro, pero sí se advierte cuando se hace mención de la práctica social, las representaciones del sujeto y el encuentro relacional. A pesar de ello, es necesario presentar un último concepto que nos permita enfatizar la importancia del Espacio Social en las dinámicas de la identidad.

De esta manera, la tercera dimensión –el Espacio Social– se encuentra bien representada en la propuesta de Yáñez (1997:31), quien afirma que la identidad es la posibilidad de apropiarse de la acción social a través de un elevado potencial reflexivo (simbólico) de la acción misma. Se podría definir la identidad como la capacidad reflexiva de

producir conciencia de la acción (es decir, representación simbólica de la misma) más allá de sus contenidos específicos. La identidad llega a ser reflexividad formal, pura capacidad simbólica, reconocimiento de la producción de sentido en el actuar.

En conclusión, a pesar de la relativa consistencia de los conceptos planteados –si se miran desde la perspectiva del interaccionismo simbólico–, con éstos no se pretende asumir la identidad social como una esencia inmutable, pues ésta debe entenderse como un proceso activo y complejo históricamente situado y resultante de conflictos y luchas – como bien lo ha planteado Giménez (1996:22). De aquí su plasticidad, su capacidad de variación, de reacomodamiento y de modulación interna.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, A. (Ed.) (1997). *Cultura e identidad cultural: introducción a la Antropología*. Barcelona: Bárdenas.
- AGIER, M. (2000). *Anthropologie du carnaval. La ville, la fête et l'Afrique à Bahia*. Marseille, éditions Parenthèses et Paris, éditions IRD.
- ANDERSON, B. (1991). *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*. Revised Edition ed. London and New York: Verso.
- ARRAOU, P. (1999). *Transmission de la langue maternelle et inscription identitaire du migrant dans les cadres sociaux de la memoire*. En H. Chauchat & A. Durand-Delvigine, *L'«Identité du Sujet au Lien Social*. París: Puf.
- BARBERO, J. (1993). Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación. Documento presentado en el *VII Congreso de Antropología en Colombia*, Medellín.
- BAYARDO, R. (2001). Antropología, Identidad y Políticas Culturales. Recuperado el 03/10/2001, de la fuente: Programa *Antropología de la Cultura* ICA, FFyL. Universidad de Buenos Aires. [naya.org.ar/articulos/identidad.htm](http://naya.org.ar/articulos/identidad.htm).
- BELLO, M. (2001). *Desplazamiento Forzado y Reconstrucción de Identidades*. Bogotá: ICES.
- BELLO, M. et al. (Eds.). (2002). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Bogotá: Unibiblos.
- CALHOUN, C. (1994). Social theory and the politics of Identity. In *Social theory and the politics of identity*, Craig Calhoun (Ed.). Cambridge: Blackwell.
- CASTELLS, M. (1997): The information age: Economy, society and culture, volume II. *The power of identity malden*. Massachusetts: Blackwell Publishers.
- CASTILLEJO, A. (2000). *Poética de lo Otro, para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: ICAN, Universidad Nacional de Colombia.
- CHAUCHAT, H. & DURAND-DELVIGNE, A. (Eds.) (1999). *De L'«Identité du Sujet au Lien Social*. París: Puf.
- DE SOUSA, B. (1998). *De la mano de Alicia*. Bogotá: Siglo del Hombre - Ediciones Uniandes.

- DÍAZ, R. & ALONSO, G. (2001). Integración e interculturalidad en épocas de globalización. Documento presentado en el *Primer Congreso Virtual de Antropología y Arqueología*. Mesa: Identidad y Globalización. Recuperado el 03/10/2001, de la fuente [naya.org.ar/articulos/identidad.htm](http://naya.org.ar/articulos/identidad.htm). Universidad Nacional del Comahue Neuquén: Facultad de Ciencias de la Educación.
- DOISE, W. (1982). L'explication en psychologie sociale. París: Puf. In Baugnet, L. (1998). *L'Identité sociale*. Paris: Dunod.
- DOISE, W., & Lorenzi-Cioldi, F. (1991). L'identité comme représentation sociale. En V. Aebischer, J.P., Deconchy, E.M. Lipiansky (Eds.), *Idéologies et représentations sociales*. Fribourg: Delval: 273-285.
- FABREGAT, E. (1999). Modos de identidad en la cultura. *Themata*, Revista de Filosofía, 23, 31-61.
- FALS BORDA, O. (1996). *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- GALINDO, L. (Ed.). (1999). *Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. México: Addison Wesley-Longman.
- GARCÍA, N. (1992). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GIMÉNEZ, G. (1996). La identidad social o el retorno del sujeto en sociología. En L. Méndez (Coord.), *Identidad III*. Coloquio Paul Kirchhoff. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- GOFFMAN, E. (1959). *The presentation of self in everyday life*. New York.
- (1963). *Stigma*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- HARD, M. y NEGRI, A. (2002). *El Imperio*. Paidós.
- HIRAOKA, J. (1996). Identidad y su contexto dimensional. En L. Méndez (Coord.), *Identidad: Análisis y Teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad* (pp. 38-50). III Coloquio Paul Kirchhoff. México: UNAM.
- HOGG, D. & ABRAMS, M. (1988). *Social Identifications*. Routledge.
- MEAD, G. H. (1934). *Mind, Self and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- L'ECUYER, R. (1975). Genese du concept de soi [Genesis of the self-concept]. Sherbrooke: Naaman.
- MERTON, R. (1980). On the Oral Transmission of Knowledge. (p. 1-35). In *Sociological Traditions from Generation to Generation*. Edited by R.K. Merton and M.W. Riley. Norwood, NJ: AblexSchooler, Carmi, 1994. "A working conceptualization of socialstructure: Mertonian roots and psychological and socioculturalrelationships". *Social Psychology Quarterly*, 57: 262-273.
- MONTERO, M. (1987). *Ideología, Alineación e Identidad Nacional*. Barcelona: EBVC.
- NARANJO, G. (2002). Desplazamiento forzado y reconfiguraciones urbanas: algunas preguntas para los programas de restablecimiento. Documento presentado en el *Segundo Seminario Internacional Desplazamiento: implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos*. Bogotá: CODEHS.
- ORIOU, M. (1985). L'ordre des identités. *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 1, n°2, 12.
- OSORIO, F. (2002). *Desplazados por la violencia en Colombia: configuración de nuevas identidades y territorios*. Aparte de tesis doctoral (inédito). Toulouse.
- OVEJERO, A. (1995). Identidad y Diversidad: Una cuestión psicosocial necesariamente interdisciplinar. *Antropología*, 18, 15-33.
- PIOLAT M., HURTIG M. C & PICHEVIN M. F. (Eds.). (1992). *Le soi : recherches dans le champ de la cognition sociale*. Neuchâtel : Delachaux et Niestlé.

- SARBIN, T. R. & ALLEN, V. L. (1968). Increasing participation in a natural group setting: A preliminary report. *Psychological Record*, 18, 1-7.
- SENNETT, R. (1986). *The Fall of Public Man*. Londres: Faber.
- SLOTERDIJK, P. (1999). Patria y Globalización. Los efectos de la globalización sobre la identidad. En *Nexos, Sociedad, Ciencia, Literatura*, Vol. 22.
- TOURAINÉ, A. (1997). El sujeto democrático. Las concepciones liberal, revolucionaria y social de la democracia. *Claves de Razón Práctica*, N° 76.
- (1992). *¿Qué es la democracia?* México: Fondo de Cultura Económica.
- TURNER, J. C. (1981). "The Experimental Social Psychology of Intergroup behavior." In J.C.Turner & H.Giles (Eds.), *Inter-group behavior*. Oxford: Blackwell.
- UHÍA, J. (1998). *La Sociedad Revelada: Anotaciones para un Mundo Post-Moderno*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- URIBE, M. (1999). Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos? *Estudios Políticos*, N° 15. Medellín: Universidad de Antioquia.
- (1998). Órdenes complejos y ciudadanía mestizas: una mirada al caso colombiano. *Estudios Políticos*, 12, 25-46. Medellín: Universidad de Antioquia.
- YÁNEZ, C. (1997). La Identidad: aproximaciones al concepto. *Revista Colombia de Sociología*, Vol. III (2), 27-34. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.